



Solemnidad del Corpus Christi 2005

La Iglesia, en toda su historia, ha puesto el máximo cuidado en cumplir fielmente el mandato del Señor: *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22,19; 1 Cor 11, 24). Y lo ha hecho en fidelidad al significado de esta memoria en la enseñanza del Apóstol Pablo: *“Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo entregado por vosotros;... Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; ... Así pues, cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga”* (1Cor 11,26).

El Concilio Vaticano II ha actualizado la fe eucarística tradicional de la Iglesia con estas palabras: *“Nuestro Salvador, en la última Cena, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracias y se nos da una prenda de la gloria futura”* (SC 47).

La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía sigue impulsando hoy al pueblo católico a ofrecer especial culto de adoración a este admirable Sacramento en la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo y debemos hacerlo con peculiar relevancia en este año de la Eucaristía.

La Palabra de Dios hoy proclamada ha situado en la primera lectura el donde la Eucaristía en referencia al maná, con el que Dios alimentó a su pueblo peregrino en el desierto. Era el espacio y el tiempo de la prueba a la que Dios sometía a su pueblo, sacado de la esclavitud Egipto, para conocer sus intenciones, comprobar su fidelidad a los preceptos divinos y, en suma, para que el pueblo beneficiario de la amorosa solicitud y misericordia divinas acreditara su confianza en Dios, mostrando con hechos dónde tenía puesto su corazón y de qué bienes aspiraba a vivir: del pan material que alimenta su cuerpo o bien de la verdad que, como luz para la vida, sale de la boca de Dios. En este contexto, el alimento con el maná es un medio de la pedagogía de Dios para conducir al pueblo a la confianza en él y en el poder salvador de su palabra. Y el mismo maná tiene carácter de memorial: es el alimento divino que actualiza la solicitud amorosa y el cuidado providente de Dios respecto a su pueblo, para que no olvide y mantenga viva la fe en su Dios, que le sacó de Egipto.

Lo acontecido en aquellas circunstancias históricas es modelo válido para todas las épocas y para interpretar la experiencia histórica de Israel como una dimensión de la existencia humana en cualquier tiempo.



El mismo Jesús nos autoriza a realizar esta interpretación, cuando en el desierto responde al tentador, que le invita a saciar su hambre convirtiendo las piedras en pan, citando las palabras con las que el Deuteronomio pretendió enseñar: *“Que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

Estas palabras adquieren en boca de Jesús una validez permanente como indicativo de la actitud que ha de tener quien ha acogido su Evangelio del Reino de Dios.

Lo que estaba en juego en la tentación de convertir las piedras en pan era la esencia de la misión de Jesús, y en consecuencia, el orden justo de la vida humana, el camino del ser humano y la senda de nuestra historia. Y, más en lo profundo, lo que estaba y está en juego en toda tentación es la primacía de Dios en la vida del hombre.

En efecto, la tentación comienza con las palabras: “Si eres Hijo de Dios...” Se trata de palabras semejantes a las que sus adversarios le dirigen en todo de burla cuando está en la cruz: *“Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz”* (Mt 27,40). Se le exige a Jesús que pruebe de forma irrefutable quién es, convirtiendo las piedras en pan y bajando de la cruz.

A lo largo de toda la historia humana, ¿hay algo más trágico que el hambre de la humanidad y el patíbulo de las víctimas inocentes, algo que contradiga más la fe en un Dios bueno y redentor de los hombres? Si Dios había alimentado a su pueblo con el maná, ¿no tenía que acreditarse el Mesías como redentor del mundo, dando de comer a todos y acabando con el problema del hambre? Convertir el desierto en pan fue el proyecto marxista y su promesa de salvación.

Una buena parte de los hombres de nuestro tiempo le presenta hoy a la Iglesia el mismo reto tentador: Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo. Y no es fácil eludir este desafío, porque el grito de los hambrientos nos llega hasta el fondo del alma, de forma especial en este “Día de Caridad”.

La respuesta de Jesús a la provocación del tentador no se agota en su cita de las palabras del Deuteronomio: *“No sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

Jesús multiplicó el pan para las personas que le habían seguido por el desierto para escuchar su palabra. ¿Por qué hizo en ese momento lo que antes había rechazado como tentación? La clave está en que aquellas personas se habían descuidado de todo para seguir a Jesús y escuchar su palabra y estaban en disposición de compartir; uno pone a disposición de Jesús los panes que tiene, para que él los reparta entre todos. Como personas que habían abierto su corazón a Dios y a los demás, podían recibir el pan en justicia. Jesús no es indiferente ante el hambre y la necesidad material de los hombres, pero sitúa la necesidad materiales en su lugar correcto y les da el orden justo de prioridad. Y, como prueba de ello, huye de la multitud que, al ver el milagro de la



multiplicación del pan, quiere proclamarlo rey; es decir, huye de la tentación de cambiar el significado de la misión recibida del Padre.

El relato evangélico de la multiplicación de los panes es un anticipo y figura del relato de la institución de la Eucaristía en la Última Cena. La Eucaristía, entregada a la Iglesia como don y mandato, será el milagro permanente que Jesús hace respecto del pan para saciar el hambre del mundo. Jesús mismo se convierte en grano de trigo que muere y da mucho fruto (cf 12,24).

Él mismo se hace pan para nosotros y la multiplicación de este pan dura sin interrupción hasta el fin de los tiempos. *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”*.

“Si eres Hijo de Dios, dile a estas piedras que se conviertan en pan” (Lc 4,3). *“Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz”* (Mt 27,40). ¡De qué forma tan distinta, en fidelidad al proyecto de Dios y con la libertad del amor, ha realizado Jesús los anhelos que, como fondo de verdad, estaban latentes en las trampas del tentador. No se bajó de la Cruz, porque en ella tenía que consumir el sacrificio de la entrega de su vida, como nueva alianza sellada con su sangre, para el perdón de los pecados. No se bajó de la Cruz, porque en ella tenía que consumir el sacrificio de la entrega de su vida, como nueva alianza sellada con su sangre, para el perdón de los pecados. No se bajó de la cruz, porque tenía que probar su condición del Hijo de Dios con la obediencia libre por amor. Tenía que entregar su Cuerpo a la muerte y derramar su Sangre en la Cruz, para darnoslos como alimento de la vida nueva que Dios Padre regala a quienes comen el Cuerpo de Cristo. *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, no es comunión con el Cuerpo de Cristo”* (1 Co 10, 16). La Eucaristía es la respuesta perfecta de Jesús a todas las provocaciones que el tentador le presenta en referencia a todas las necesidades de los hombres.

La Iglesia debe encontrar igualmente en la Eucaristía la respuesta perfecta las peticiones que, de forma más o menos provocadora, le presentan los hombres de todos los tiempos. En efecto, en la Eucaristía, mediante la comunión del Cuerpo de Cristo, el Espíritu Santo convierte a la Iglesia en instrumento de transformación de los hombres en hombres nuevos, recreados a semejanza de Jesús. Mucho mayor, más necesario y de mayor trascendencia que el milagro de cambiar las piedras en panes, es el milagro de convertir el corazón de piedra en corazón de carne, con auténtica sensibilidad humana y capaz de amar a Dios y al prójimo. Así se hace realidad el antiguo anhelo y esperanza de Israel: *“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos”* (1 Cor 12, 25).



Carlos López Hernández

¿Por qué hay realmente tanta hambre en el mundo? Porque las almas están en ceguera y escasas de alimento, porque los corazones están petrificados. El mundo está en desorden, porque los corazones están desordenados, porque les falta el amor que muestre el camino hacia la justicia. Por ello, es preciso siempre tener presente que: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4). Para que haya pan para todos, primero tiene que ser alimentado el corazón del hombre. Para que haya justicia entre los hombres, la justicia tiene que crecer en los corazones; pero ella no crece sin Dios y sin el alimento fundamental de su Palabra. Esta Palabra se ha hecho carne, se ha hecho hombre, para que podamos recibirla, para que nos pueda servir de alimento (cf J. Ratzinger, Caminos de Jesucristo, 99-100).

Queridos hermanos: permitidme terminar recordando unas frases dichas por el Papa Benedicto XVI en la homilía de la celebración del Corpus en Roma, el pasado jueves: *“La procesión del Corpus Christi... responde simbólicamente al mandato del Resucitado: os precedo en Galilea. Id hasta los confines del mundo, llevad el Evangelio al mundo. Ciertamente la Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor ha instituido el Sacramento en el Cenáculo, circundado por su nueva familia, por los doce Apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de familia, por los doce Apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos... Sin embargo, la fuerza del Sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Este aspecto universal de la presencia eucarística se muestra en la procesión de nuestra fiesta”*.

“En la procesión del Corpus Christi –continúa diciendo el Papa acompañamos al Resucitado en su camino por el mundo entero... Y, de este modo, respondemos también a su mandato: “Tomad y comed... bebed todos” (Mt 26,26). No se puede “comer” al Resucitado, presente en la forma del pan, como un simple trozo de pan. Comer esta pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Esta comunión, este acto de “comer”, es realmente un encuentro entre dos personas, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, de quien es mi Creador y Redentor. El objetivo de esta comunión es la asimilación de mi vida con la suya, mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a quien nos precede. Adoración y procesión forman parte, por tanto, de un único gesto de comunión; responde a su mandato: *“Tomad y comed”*.

Que así sea, para que nuestra vida en Cristo haga presente la gloria de Dios.

Catedral Nueva, 29 de mayo de 2005